



Hay quienes aseguran que en el interior de cada ser humano conviven, simultáneamente, el bien y el mal.

Si se tiene en cuenta que el bien y el mal además de ser simples elecciones, son elecciones opuestas, no existe forma o posibilidad de que éstas puedan habitar simultáneamente un mismo cuerpo.

No nos define el bien y el mal que conviven hipotéticamente en nuestro interior; al final, no somos más que el resultado de nuestra correcta o desacertada elección.

¿Qué pasaría si una mala decisión te conduce al más terrible de los horrores? ¿A dónde llegarías si te desbordas de lleno por el camino de la oscuridad?

Atrévete a descubrir el resultado de escuchar aquella voz que retumba... desde lo más oscuro del ser.

DESDE LO MÁS
OSCURO DEL SER II



JORGE ANDRÉS LOZANO RIVAS

Copyright © 2020, Jorge Andrés Lozano Rivas

ISBN: 978-958-48-8925-6

Autores Editores
www.autoreseditores.com

Primera Impresión (Colombia): Septiembre de 2020

Impresión y encuadernación: Autores Editores
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Portada y portadas secundarias:
Ilustraciones de Jorge Andrés Lozano Rivas

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Prólogo

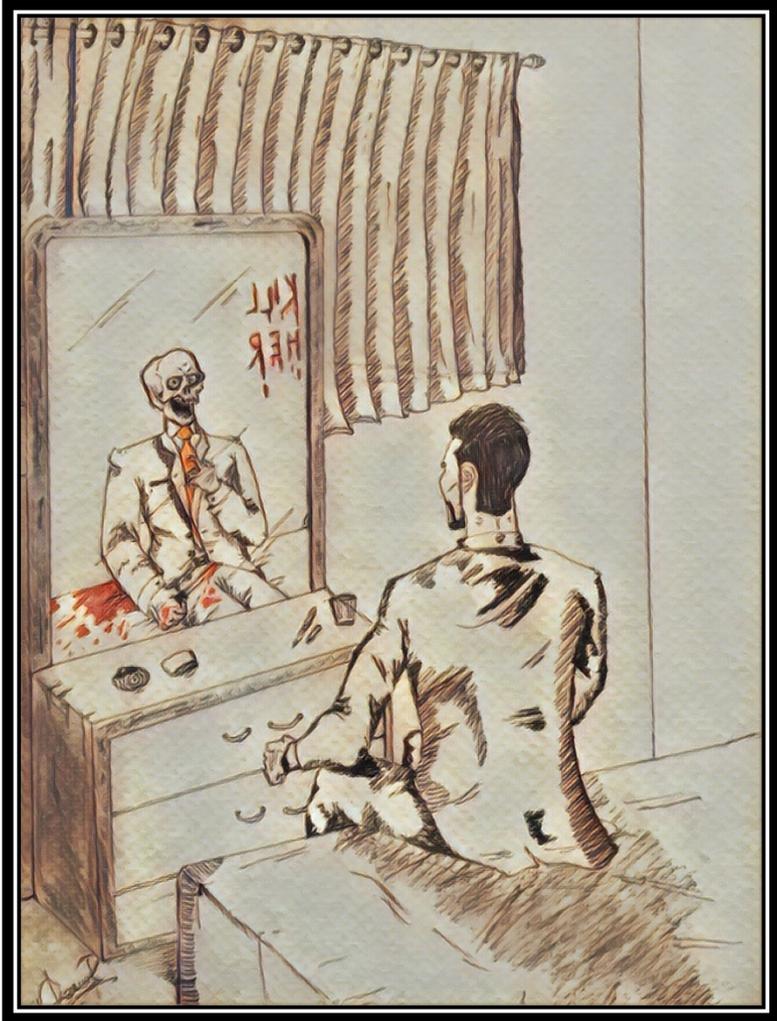
Las inconfundibles proezas verbales e imaginativas que nos presentan estos relatos nos sumergen en un idilio dubitativo que colinda con el dolor, el agravio, la angustia y la esperanza, que vienen a ser como los puntos cardinales de sus protagonistas, y la agudeza sin par que debemos poner frente a nuestro devenir sumando los avatares imprevistos que puedan amainar nuestra voluntad. Introducir la mano en el bolsillo secreto de estos cuentos magistrales es develar el palmarés sublime de la mujer como protagonista eximia de la poesía de la existencia, su irrestricta vocación de triunfo y el paladín esfuerzo que se debe forjar para protegerlas y encubrir las no solo con la espada de la venganza sino en el huerto de la calidez y el amor.

Los entretejidos argumentos, la teatralidad de los pasajes, la angustia desovada del corazón que desemboca en el precipicio de las incertidumbres, el hilarante recurso de la inverosimilitud, el denuedo a la ventura, el proclive desafío a la informalidad creativa, el color fulgurante del lenguaje, son estos; aperos literarios que enriquecen la experiencia del lector y ponen de manifiesto la madurez artística del autor. Vamos descubriendo la pericia intrínseca de gran mérito que evidencia la práctica de una mágica escritura y un mundo inobjetable de temeridad que nos arroba a una pluralidad de sentimientos y emociones las cuales son el bastión para confirmar que buenas historias bien escritas son como fino perfume de gran precio, adentrémonos pues en sus esencias.

William Bedoya Pérez

Revisor de Contenido

HABLANDO CON EL ALMA



JORGE ANDRÉS LOZANO RIVAS
2015

HABLANDO CON EL ALMA

Siempre creí que yo
era en todo momento el mismo;
pero a veces soy otro y
otras veces, simplemente,
no soy.

Jorge Lozano

¿Acaso soy yo? ¿Cómo podría saberlo? ¿Cómo asegurarlo? Sí, es mi imagen, es mi reflejo; pero se ve tan complejo, tan independiente, tan completo, tan real, tan vivo, que podría ser otra persona totalmente distinta la que me mira al otro lado del espejo. Todos los días lo miro, lo observo, lo analizo. Siento que esa persona parecida a mí, a quien a veces no reconozco, también hace lo mismo. Él me mira, me observa, me analiza buscando las respuestas que yo tampoco puedo darle. Acaso se preguntará al igual que yo: ¿Quién es ese individuo al otro lado del cristal?

El ritual de la mañana se me hace agobiante, vacío y monótono, en especial cuando no existe un verdadero motivo para vivir un nuevo día. Lo único diferente en mis madrugadas, y que las hace depravadamente interesantes, es aquel hombre que se asoma insistente por el espejo para verme despertar. Junto a mi cama, al costado derecho y proyectando mi reflejo cuando estoy acostado, se encuentra el enorme mueble antiguo que heredé de mis padres y en el que examino mi rostro durante las primeras horas de cada día en el inmenso espejo que pareciera brotar de la gruesa y fina madera. Sin embargo, ya no estoy seguro de que sea mi propia imagen la que veo; pues cierta mañana, cuando el sol apenas colaba sus primeros rayos por la ventana, al entreabrir mis ojos lo sorprendí contemplándome, sonriendo con

una mirada sombría, sentado, mientras yo aún yacía acostado. Estuvo unos segundos con sus desalmados ojos fijos en los míos y, aunque yo di un violento brinco y salí de su campo visual presa del asombro, él no se movió. Continuó allí sentado, mirándome. ¿Cómo era posible? Me invadió el miedo, no puedo negarlo. Temblé, sentí náuseas, el corazón se agolpó con fuerza en mi pecho y me sentí, por poco, desmayar. Esa mañana cubrí con una manta el espejo y, con pánico, salí lo más rápido posible de mi propio apartamento en el que llevo viviendo cómodamente por tantos años. Lo que cuento sucedió hace una semana, justo al día siguiente en que perdí mi empleo.

Llevo una semana desempleado. Fue tan injusto mi despido, tan lamentable y a la vez tan frío, que preferiría no recordarlo. Pero ¿cómo no recordarlo? Tengo 40 años y pocas posibilidades de encontrar un nuevo trabajo dentro de un sistema económico decadente. Yo llevaba más de la mitad de mi vida haciendo lo mismo y reconozco que carezco de las capacidades necesarias para hacer algo distinto. Sí, era el mejor en lo que hacía; pero a veces ser el mejor no es suficiente. Ser el mejor despierta envidias, un sentido irrefrenable de competencia y el miedo inevitable a que la inferioridad ajena sea descubierta. Así lo sintió mi jefa, así se sintió esa mujer que me tenía bajo su cargo cuando le dijeron que iban a ascenderme por tercera vez, sin consultárselo siquiera; ella se llenó de envidia, de competitividad y de miedo. Me quería, me estimaba, me apreciaba, incluso aseguraba ser mi amiga; pero cuando se dio cuenta que yo estaba figurando notablemente en la compañía —más que ella— su cariño se extinguió de repente. Me despidió. Tenía el poder para bostarme como un perro y en contra de las recomendaciones, e incluso de las órdenes de sus superiores, los mismos que me ascendieron, ella siguió adelante con su decisión. Ahora soy

un desempleado más de esta sociedad, otro marginal desamparado que vive... de milagro.

No puedo sacarme aquella absurda idea de mi cabeza. Cada vez soy más consciente de que aquel sujeto en mi espejo luce un poco más arrugado y triste de lo que fue hace varios años. Yo, que siempre me vi a mí mismo como un hombre apuesto, positivo y jovial, ya no soy el mismo; ya no soy yo ese a quien miro a los ojos cuando me despierto. Ese de allí, no soy yo. Ha transcurrido ya tanto tiempo desde que me vi a mí mismo en el espejo y que me agradó lo que vi, que desconozco el momento preciso en que otro invadió aquel espacio inverso, pero exacto al mío. Ese que me mira cuando yo le miro luce tan viejo, desgarrado e infeliz, que incluso pareciera existir algo de maldad en su persona.

Hoy decidí, por fin, enfrentarlo; enfrentarme a ese usurpador que trata de imitar mi vida con menos juventud y con menos alegría en su mirada, hoy decidí enfrentar a ese que altera mi tranquilidad. No puedo continuar sintiendo miedo por un pedazo de madera y metal bruñido que no puede lastimarme. Si yo no puedo atravesar al otro lado —y aunque suene descabellado, ya lo intenté una vez— seguramente él tampoco. Quito la sábana con la que hace unos días cubrí el espejo y de inmediato me encuentro con su figura. Tiene los ojos arrugados y rojos, tiene arrugas evidentes en su frente y los cabellos más canos que de costumbre ¡Qué siniestra mirada! Me sigue con sus ojos e intenta imitar mis movimientos prolijamente; pero definitivamente no soy yo. Estoy seguro. Hay amargura en su mirar, una furia progresiva que intenta disimular con una sonrisa que logra alterar mi pulso y erizar mi piel. Me cuesta trabajo sostenerle la mirada, pues sus ojos me intimidan y me retan. Quizás debería romper en mil pedazos este vidrio y acabar de una buena vez con tanto horror. Pero ¿Cómo puedo dejarme

amedrentar por un embustero? ¿Cómo puede asustarme un hombre más viejo y más triste que yo? Decidí retarlo, ofenderlo, sobreponerme a su jactancia infundada y por eso lo miro fijamente, aunque guardando un poco de miedo y de distancia. Debe ser él quien se sienta intimidado ante mi grandeza, mi belleza y mi juventud. Debe ser él quien sienta la necesidad de quebrar el cristal y no al revés. Y entonces, después de tanto mirarlo, después de sostener mi vista en sus enrojecidos ojos; puedo ver cómo se rinde y me regresa por un instante la imagen mía, la que me pertenece, la que debería estar allí toda la vida. Sí, ha vuelto el hombre joven, feliz y atractivo. Ese sí soy yo. Esta noche puedo dormir tranquilamente de nuevo. Ya no tengo miedo al que vive tras el espejo, él ya no vive allí, ya no me domina ni me dominará jamás.

Comienza un nuevo día, otra vez los tempranos rayos de sol atraviesan con sutileza mis persianas. Me incorporo en mi cama y al mirarme al espejo me veo allí, cubierto de luz y esperanza. Ese de allí soy yo: sonriente de alegría y sin sarcasmo, agitándose de un lado a otro en perfecta coordinación con mis movimientos. Ese sí soy yo. Me preparo una ducha caliente y mientras me retiro la ropa, me doy cuenta de que no tengo razón alguna para despertarme tan temprano, para ducharme, ni para vestirme elegante; la verdad es que no tengo a dónde ir ni qué hacer y entonces ¿Por qué lo hago? El vapor cubre el baño mientras reflexiono desnudo sobre el lavamanos y al fijar mi rostro frente al nublado espejo del cuarto, mi alma se turba nuevamente; alguien ha escrito algo en el pequeño rectángulo, usando sus dedos como pincel. Aunque las letras están invertidas puedo leer el mensaje con claridad, el cual dice: “MÁTALA”. Sí, alguien lo ha escrito desde el otro lado del espejo y es perfectamente legible ante mis ojos. “MÁTALA”. ¿Fue escrito para mí?

¿Matar a quién? ¿Qué quiere que haga? ¿Por qué? Paso mi mano sobre el vidrio limpiando el vapor de agua y borrando aquellas palabras sombrías, pero cuando mi reflejo es revelado un grito inadvertido se escapa de mis labios. ¡Es él! Ha vuelto; pero esta vez a través del espejo del baño. Me mira insensible, severo, extraviado. En su sonrisa se manifiesta un odio muy diferente a la tristeza que reflejaba antes. Ese no soy yo. Estoy aterrado y mi cuerpo tiembla con violencia al descubrir que ahora “él” podría estar en todas partes. El usurpador no sólo podía manifestarse en el mueble junto a mi cama como llegué a pensar; ahora está en todo espejo existente, en cualquier vidrio y superficie que provea reflejo, pues lo veo en la puerta transparente de la ducha, en la grifería metálica del lavamanos y hasta en el agua empozada dentro del inodoro. Siento que no podré soportarlo. Él me persigue, me acosa y me hostiga. Esa imagen descompuesta me desespera, esa fealdad y ese odio en su mirada es un insulto para quien soy yo y lo que represento. No quiero volverla a ver, desearía poder reflejarme a mí mismo como lo hace todo el mundo, necesito volver a verme.

Hoy, después de tan larga espera, tengo una entrevista de trabajo. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que usé mi mejor vestido. Al no tener trabajo se fue gastando el dinero y con la ausencia de dinero se acabaron las fiestas, las cenas elegantes, las invitaciones a eventos, los encuentros con amigos y las citas con mujeres; por eso no volví a preocuparme por vestir bien. Es decepcionante darte cuenta de que la sociedad es como un parásito que se alimenta de su huésped mientras éste se encuentra sano, mientras aún respira. Mis supuestos amigos y las mujeres que me rodeaban eran parásitos cerebrales que me daban la ilusión de ser más dichoso y poderoso, mientras devoraban mi vida. Y mientras las personas cercanas eran parásitos, los bancos eran como

un cáncer que quería engullirme sin piedad; entre peor fuera mi condición económica, más agresivo e invasivo era. Por eso debo trabajar de nuevo, por eso debo entregarme como sea, a la esclavitud de un trabajo mal remunerado pero digno. Tal como lo pensaba, mi traje negro ya no luce como antes; se ha desteñido un poco y la brillantez de sus hilos ahora parece un tejido de fibras de ordinaria transparencia. Ya no importa, a pesar de todo, es el mejor vestido que tengo. Combino el traje negro con una camisa blanca y una corbata amarilla cuyo nudo me costará mucho trabajo hacer, pues todos mis espejos están cubiertos. Sí, los envolví con sábanas, mantas y cobijas porque en todos ellos se asomaba aquel hombre extraño escribiendo mensajes profanos y desafiantes con su dedo. No quise romper los espejos pues quien me viese o escuchase pensaría que estoy loco, que he perdido la razón, y eso es lo que menos necesito en este momento tan específico de mi existencia. Como puedo me acomodo la corbata y aunque los largos de cada extremo no quedan perfectos, es lo mejor que puedo hacer casi a ciegas.

La entrevista va muy bien. Mi interlocutor me mira con agrado interés y se respira un aire de confianza y amabilidad en el ambiente. Me siento seguro y optimista, pues pareciera que el cargo hubiese sido diseñado específicamente para mí y mi experiencia. Una nueva esperanza se consolida para mi futuro y percibo la agradable probabilidad de que todo puede ser mejor. Pero entonces lo veo. ¡Me siguió hasta aquí! ¿Por qué el escritorio de mi entrevistador tenía que ser de un vidrio negro reflectante? Cuando estrechamos la mano sobre el gigante escritorio para despedirnos, en donde debería estar mi reflejo vi a ese hombre allí, imitando mis movimientos, quien se giró en mi dirección para sonreírme con sevicia. Di un salto atrás de la impresión que me causó ver a ese que usa mi imagen, con su presencia cada

vez más abandonada y macilenta. Cuando el entrevistador me preguntó si algo malo había ocurrido, no tuve más opción que decirle una mentira: «Una fuerte descarga de energía estática» contesté. Lo pude ver durante todo el camino de regreso a mi apartamento. Lo vi en los espejos del transporte público, en los grandes ventanales de los edificios, incluso en los charcos de lluvia formados en el pavimento; y con cada aparición mi corazón se estremecía más y más. Cuando llegué a casa caí como una roca sobre mi almohada. Había sido un día agotador y enfermizo.

Acabé de colgar una llamada. Era la empresa a la que me había presentado hace unos días para la entrevista. Me dijeron que mi currículum les había parecido muy interesante y que efectivamente el trabajo era “como creado perfectamente para mí”; no obstante, me contaron que con el fin de verificar mis referencias laborales tuvieron que llamar a mi antiguo empleo y mi exjefa, esa maldita mujer, dio pésimas referencias de mí. La llamada tenía como fin confirmarme que no era posible contratar en su empresa a alguien que holgazanea constantemente, que se evade de su puesto de trabajo, que acosa sexualmente a sus compañeras y que, además, siempre llega tarde. Casi que no lo pude creer. ¿Cómo era posible que la mujer que por tantos años me estimó, que me ofreció su apoyo incondicional, que dijo estar dispuesta a hablar lo mejor posible de mí cuando solicitaran referencias y a la que tanto ayudé a escalar en su trabajo, estuviese despotricando de mi labor ejecutada y a mis espaldas? No bastándole con haberme quitado el empleo ¿ahora se convertía en impedimento para que obtuviera uno nuevo? Desesperado, me siento a llorar frente a la ventana. Afuera los niños juegan, la gente pasa sonriendo, algunos caminan en parejas y otros simplemente hacen ejercicio bajo el sol que reverbera con gran intensidad. Y mientras contemplo

envidioso la felicidad ajena, por culpa del efecto que genera la fina capa de polvo sobre el exterior del cristal, la imagen del usurpador se vuelve a hacer presente, lanzándome de espaldas contra el frío piso de mi apartamento. Antes de caer pude notar claramente aquellos ojos rojos mirándome con su rostro camuflado entre la gente y los colores verde, azul y gris de la ciudad. Permanezco inmóvil y horrorizado con la vista fija en el vidrio por el que ahora sólo se distingue el polvo incrustado y el cielo azul al fondo; y entonces, ante mis ojos, como si fuese un acto de espeluznante magia, un dedo invisible limpia la suciedad al mismo tiempo que escribe: ¡MÁTALA, MÁTALA! Salgo de mi apartamento a toda velocidad en busca de alguien que me ayude a liberarme de esta aparición, alguien que me crea y que sea capaz de salvarme de este tormento. «Pensarán que estoy loco» me reprendo a mí mismo, antes de descender por las escaleras, y regreso a mi apartamento.

Nuevamente la noche ha cubierto a la ciudad con su velo de penumbra. Yo estoy en mi cama, exhausto por tan intenso día. Yazco inmóvil, cansado también de ese malévolos ser que se oculta tras los reflejos esperando a que yo me asome. Esto no puede seguir así, nadie puede vivir viendo una imagen dentro de los espejos que no le pertenece y que, además, pareciera querer causar daño. Estoy decidido. Nuevamente le haré frente a ese hombre, nuevamente lo retaré; pero esta vez será para siempre. Me reincorporo y echo un vistazo al mueble con el espejo que reposa a mi derecha. Está cubierto con una sábana blanca, tal y como lo había dejado desde que todo esto comenzó. Lo miro con desconfianza mientras planeo cuál será mi estrategia, mientras pienso qué le diré y qué le haré al maligno ser que se encuentra allí, esperándome. Pero es mejor no pensar mucho, entre más lo piense más correrá el tiempo y el tiempo es el alimen-